

Un soldado francés muerto en Marulanda.- 1807

En los alrededores de la cadena del barrio de Marulanda, el responsable de la misma, que vivía en la casa-cadena, (servía para detener a las carretas y cobrarles los arbitrios por todas las mercancías que entraban en la villa) no oyó ninguna “bulla ni quimera” en la noche del día veintiséis, festividad de San Cosme y San Damián. Tampoco Ramón de Leivar, del barrio de Zarimuz, vio ni oyó nada extraño cuando salió de su casa a las seis de la mañana. Y estos coinciden con lo manifestado por Julian de Echavarria, quien vivía en la Venta de Marulanda. Éste se enteró al ir a Salinas a oír misa que la gente hablaba de “un cuerpo que se hallaba colgado y muerto de una rama de castaño tras un ribazo que permanece inmediato a la huerta de dicha casa Venta”.

De todo ello, el Alcalde de Eskoriatza, Jose Ignacio de Mendía y Urtaza, comunicó que se le había dado noticia el día veintisiete a las dos de la tarde. Le habían comunicado que en el término de Marulanda se hallaba muerto un hombre, al parecer soldado, sin saberse quién era, ni cómo había muerto.

A la media hora, el Escribano hace constar que el Alcalde, en compañía del cirujano Juan Ignacio de Zugazagoitia y del alguacil del pueblo, Asensio de Guruceta, salen de la Casa Consistorial para acercarse hasta Marulanda, a donde llegan a eso de las tres y media y encuentran a la margen del río Salinero (Deba) el cadáver de un hombre, tendido boca arriba, con la cabeza al norte y los pies al sur. Vestía “casaca azul, calzón encarnado, ambos de paño, chaleco encarnado con guarnición blanca, polainas de paño negro, zapatos remendados con ataderas de lazas y una camisa ordinaria de lienzo”. También, junto al citado castaño, se encontraron “un sombrero de tres aires (de tres picos), un bastón de palo manal (de dos piezas para golpear las ramas de los árboles frutales) un trozo de tela con media docena de manzanas verdes, un pedazo de cinta de hilo blanco y pegado a ella otra de distinto género negro”.

El cirujano, en una primera vista, advirtió que el cadáver llevaba atada al pescuezo una cinta de hilo blanco bastante fuerte, parecida a la encontrada bajo el castaño. Y también reparó que tenía una raja de oreja a oreja.

Ante este espectáculo, el Alcalde mandó cargar el difunto en un carro y conducirlo a Eskoriatza para que se procediera a su reconocimiento. El cadáver llegó a la puerta principal del Concejo a las seis de la tarde. A las seis y media comparecieron

los antes mencionados Alcalde, Cirujano y Alguacil, y puestos a reconocerlo por parte del Cirujano, habían hallado en un bolsillo interior de la casaca una bolsa de badana (piel) que contenía un eslabón, dos piedras de sacar fuego y una pipa mocha (corta) de fumar; y en el chaleco, en un bolsillo que tenía en la parte interior, en el lado izquierdo, un papel.

El Cirujano, por su parte, y bajo el juramento que había hecho reconoció el cadáver y dijo que se habían encontrado con un corte de un extremo de la oreja a la otra; que dicha brecha penetra hasta las venas yugulares, que ocupa toda la garganta, y que como consecuencia le ha causado la muerte, sin olvidar la comprensión de la cuerda que se halló en su pescuezo. El declarante hace constar que no se han encontrado en todo su cuerpo ninguna herida, ni contusión de las que se pueda recelar.

Una vez más, el Alcalde hizo comparecer a un nuevo posible testigo. Esta vez fue Mathias de Galdos, que actualmente residía en la casa cadena del barrio de Marulanda, que está al cuidado de la administración y cobranza de la cadena y su peaje; y por ello había estado estuvo sin retirarse a la cama la mayor parte de la noche del día veintiséis y no vio pasar por dicha cadena al soldado muerto. Había oído decir que se había caído al suelo sin duda, por haberse roto alguna cuerda con que se hallaba colgado del pescuezo por el peso de su cuerpo.

Al día siguiente, 28 de septiembre, se presentaron ante el Alcalde los cirujanos y declararon que acababan de reconocer el cadáver y declaran que el susodicho muerto “demuestra tener una edad entre treinta y cuarenta años, es de cara redonda, ojos azules, nariz chata ordinaria, pelo, cejas y barba castaño claros, frente descubierta y es de buena estatura, pues tiene pasados los seis pies castellanos, y el pelo corto”.

El Alcalde y Juez de la villa queriendo aclarar todo lo expuesto convoca a más testigos de los alrededores, entre ellos a Joaquin de Echavarria, vecino de Zarimuz, quien declaró que el último sábado había marchado en romería al Santuario de Aranzazu y vuelto el domingo a su casa; que sólo sabe lo que ha oído, que se había encontrado un soldado colgado de un castaño tras la huerta de la Casa Venta de Marulanda, y “que el susodicho soldado había andado el susodicho día sábado comiendo moras en varios zarzales de aquel lugar”.

Continuando con la búsqueda de información sigue llamando a los testigos, en este caso a Domingo de Velategi, habitante de la casería de Zurun, también vecino de Zarimuz, quien declaró “que salió de su casería de la Venta de Marulanda y bajó a lavarse sus manos y cara al río Salinero que se halla enfrente, y desde allí reparó un

bulto de hombre o mujer que se hallaba junto a un castaño y pensó que sería alguna persona que andaba por allí a coger nueces.” Después que se lavó tomó el camino para la villa de Salinas con ánimo de oír misa en la parroquia. Se juntó con Miguel de Azpiazu y Basilio de Echavarria, mozos solteros que también iban a Salinas a oír misa, y comentaron que todos habían visto desde la misma cantonera del camino Real, a la parte que mira al río un hombre colgado de una rama de castaño, con vestido azul y un chupín al parecer de uniforme de soldado.

Otro testigo, Vicente de Aguiriano, vecino de la anteiglesia de Bolibar, declaró el 1º de octubre, que el día 26 de septiembre marchó a la villa de Salinas a traer porción de teja para la nueva casa del sacristán de dicha anteiglesia y al subir, frente a las puertas, siendo la nueve y media de la mañana, vio a un hombre vestido de azul, que parecía soldado, y que dejando el Camino Real se ladeó a mano izquierda hacia la hondonada del río, un poco más arriba de la huerta de la Venta de Marulanda.

Habiendo finalizado las declaraciones de los testigos y dándolas por ciertas, por haberlas prestado jurando por Dios Nuestro Señor y sobre una señal de la Cruz, el Alcalde recurrió a lo hallado en el bolsillo interior de la casaca.

Se encontró un pasaporte de licencia absoluta, concedida por el Teniente General de los Reales Ejércitos, el Conde de Coupigny, Comandante del Regimiento, el 30 de julio último.

En él se especifica que se da licencia absoluta a Rodolfo Mayer, alias Mayer, soldado de la 1ª Compañía del 1.er Batallón del Regimiento de Reales Guardias de Infantería Walona.

Así pues, sabemos que el protagonista se llamaba Rodolfo Mayer. No podemos saber el nombre del padre por estar ilegible, pero sí sabemos que su madre se llamaba Carlota. Que era natural de Schirvisbomel (Suecia) y era católico, apostólico y romano.

En su ficha militar consta que tenía treinta y cinco años, talla de cinco pies, cara redonda, frente descubierta, ojos azules, nariz ordinaria, barbilla redonda, pelo, cejas y barba castaño claro. Servía en dicho Regimiento desde el 4 de marzo de 1801.

Posteriormente llegaron noticias desde Baiona, enviadas por el Conde Coupigny en las que se recogía que el soldado Mayer había sido licenciado el 30 de agosto por ser inútil al Real Servicio por maniático. Opina que su estado, y no sabiendo a dónde dirigirse, habría tomado la desesperada decisión de quitarse la vida.

¿Quién es capaz de cortarse el cuello de oreja a oreja y después colgarse, o primero colgarse y después abrirse la garganta?

Como colofón, se recoge que el cadáver, con sus propios vestidos, con asistencia de Joaquin de Saribiarte, Presbítero Beneficiado de la parroquia, fue enterrado “entre los dos machones que existen en la pared maestra del lienzo que cae a la parte del cierzo en el cuerpo de la iglesia de dicha parroquia antigua, a distancia de siete pies de la misma pared maestra, entrando por la puerta principal a la mano izquierda, donde al presente no ai sepulturas”.

Aitor Antxia Leturia
2025.01.22